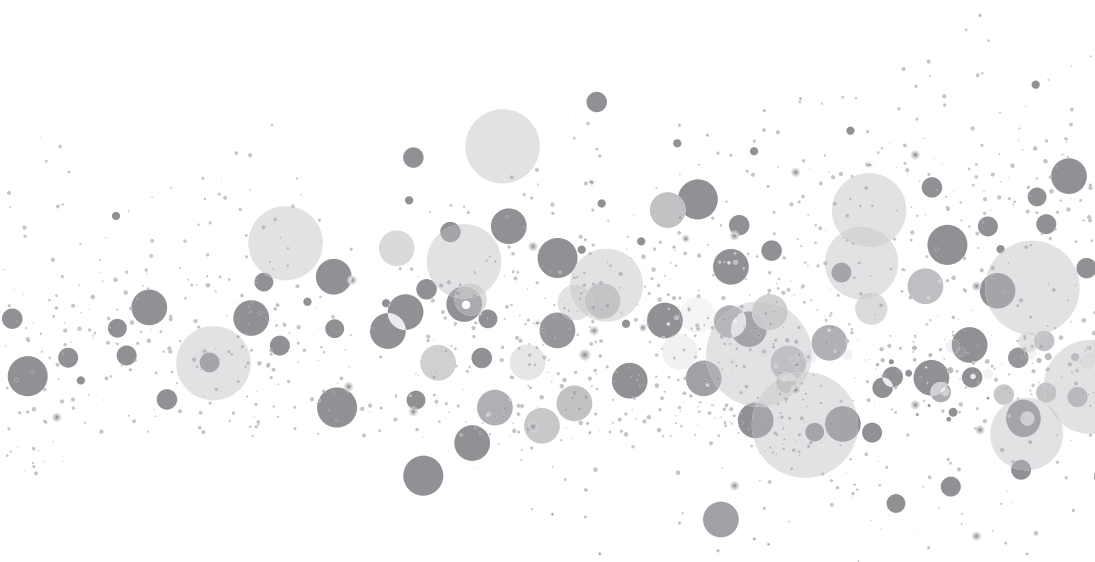
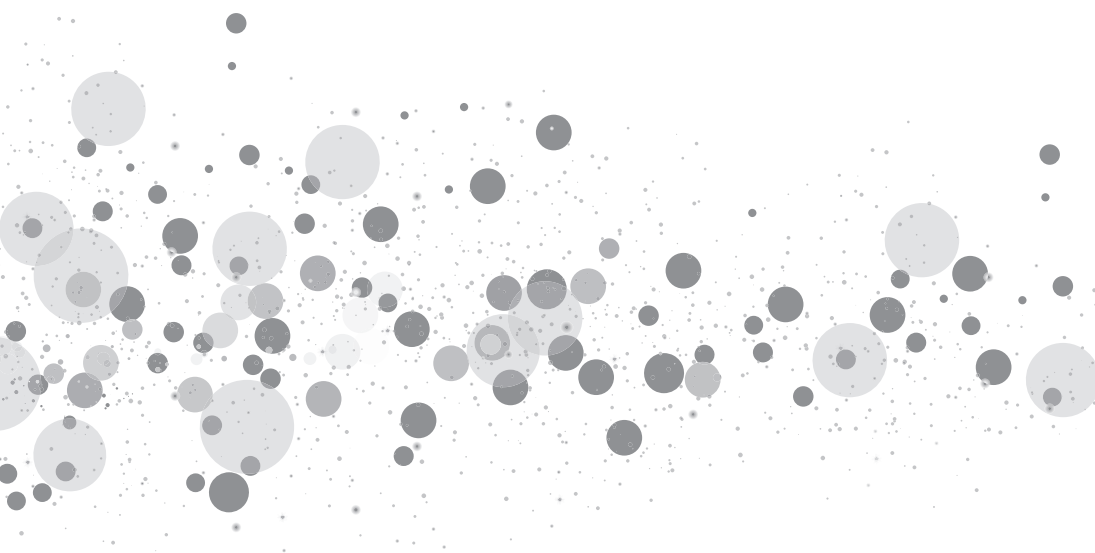


Capítulo 2





"Alejo a todo el mundo. No es nada personal".

—Anna Kendrick, *Ritmo perfecto* (2012)

Ya había visto la casa de papá cuando hablábamos por videollamada, pero fue extraño experimentarla en persona. Estaba escondida en una calle tranquila y sombreada, al lado de un bosque de secuoyas. No era una casa sino más bien una cabaña, con un hogar de piedra en la planta baja y dos habitaciones pequeñas en el piso de arriba. Antes se alquilaba a turistas, así que por suerte yo tendría baño propio.

Lo mejor de la casa era el porche cerrado que estaba en la parte de atrás; no solo tenía una hamaca, sino que además estaba construido alrededor de una secuoya que crecía en el centro y atravesaba el techo. Sin embargo, lo que estaba fuera del porche, en la entrada para autos, fue lo que me puso la piel de gallina apenas la vi: una *scooter* Vespa vintage, turquesa brillante, con asiento de *animal print*.

Una scooter.

Mía.

Yo en una scooter.

¡¿Cómo?!

El motorcito y las rueditas de banda blanca sólo podían llegar a los cuarenta kilómetros por hora, pero el resto de los componentes, de la década de 1960, habían sido restaurados por completo.

–Puedes usar este vehículo para escapar –había dicho papá, orgulloso, cuando me condujo a la parte de atrás para mostrármela

por primera vez—. Sabía que necesitarías algo para ir a trabajar este verano, y puedes usarla para ir a la escuela en otoño. Ni siquiera necesitas una licencia especial.

—Es una locura —le dije. Y preciosa. Pero una locura. Me preocupaba resaltar demasiado.

—Hay cientos de estas cosas por la calle —sostuvo él—. Estaba entre esto o una camioneta, pero como no vas a tener que trasladar tablas de surf, pensé que esto sería mejor.

—Es muy del estilo del astuto truhan —reconocí.

—Puedes hacer de cuenta que eres Audrey Hepburn en *La princesa que quería vivir*.

Dios, sí que supo convencerme. He visto esa película como diez veces, y él lo sabía.

—La verdad es que me gusta el asiento retro de animal print.

Y el casco que hace juego. Así que bauticé Baby a la scooter, en homenaje a una de mis películas preferidas de todos los tiempos, *La adorable revoltosa*: una comedia disparatada de la década de 1930 protagonizada por Cary Grant y Katharine Hepburn, que interpretan una pareja despareja. Ambos terminan enredados por culpa de un leopardo que ella tiene como mascota, que se llama Baby. Una vez que decidí el nombre, me comprometí por completo. No había vuelta atrás. Era mía. Papá me enseñó a usarla —la llevé de una punta a la otra de la calle un millón de veces después de la cena— y en algún momento juntaría coraje para usarla por la ciudad, lloviera o tronara, o pasaran surfistas drogados sin mirar por dónde iban.

Papá se disculpa por tener que trabajar al día siguiente, pero no me importa. Paso el día quitando las cosas de las maletas y conduciendo la scooter entre siestas en la hamaca del porche para recuperarme del *jet lag*. Intercambio algunos mensajes con Alex, pero perdura la sensación

de que lo que estoy haciendo este verano es mucho más difícil de lo que pensaba. Quizás sea más fácil cuando me acostumbre.

Después de descansar durante el día y jugar a la noche con papá a *Catan*, nuestro juego de mesa preferido, me tocará poner a prueba mi nueva independencia. Cuando decidí venir aquí, una de las cosas que me preocupaban era encontrar un trabajo de verano, pero papá lo logró moviendo algunos contactos. Eso sonaba bastante bien cuando estaba en DC, pero ahora que estoy aquí, me estoy arrepintiendo un poco de haber aceptado. De todas maneras, ya es muy tarde para echarse atrás.

“La temporada turística de verano no espera a nadie”, señala papá alegremente ante mis quejas.



Papá me despierta súper temprano cuando se va a trabajar, pero yo me vuelvo a dormir sin querer. Cuando me despierto otra vez, ya es tarde, así que me visto en un santiamén y salgo corriendo por la puerta. Algo que no esperaba cuando decidí mudarme aquí es toda la neblina que hay en la costa por la mañana. Se aferra a las secuoyas como una manta de encaje gris y mantiene el aire fresco hasta la media mañana, cuando empieza a arder el sol. Sí, claro, la neblina tiene su encanto y transmite cierta tranquilidad, pero ahora que tengo que conducir una scooter por el barrio de papá, lleno de árboles, donde la neblina está baja y se trepa por las ramas como dedos, no me enloquece mucho.

Armada con un mapa y con un nudo grande como una casa en el estómago, hago frente a la neblina y salgo con Baby a la ciudad. Papá me mostró el camino cuando veníamos del aeropuerto, pero sigo

repitiendo las instrucciones en la cabeza cada vez que me detengo en una señal de alto. Ni siquiera son las nueve de la mañana, así que la mayoría de las calles están despejadas, hasta que me encuentro con la temida avenida Gold. Para llegar a mi destino solo tengo que andar pocos metros por esta avenida llena de curvas y tráfico, pero tengo que pasar por al lado del paseo marítimo (rueda de la fortuna, música fuerte, minigolf), prestar atención a los turistas que cruzan la calle para ir a la playa después de desayunar como cerdos en la Casa de las Crêpes –que huele in-cre-í-ble, por cierto– y AY DIOS MÍO, ¿de dónde salieron todos estos skaters?

Justo cuando estoy a punto de que me dé un ACV por el estrés, veo los acantilados que se levantan a lo largo de la costa, al final del paseo marítimo, y un cartel: “EL PALACIO DE LA CAVERNA”.

Mi trabajo de verano. Aprieto los frenos y aminoro la marcha de Baby. Me meto en la entrada para empleados. A la derecha está la calle principal que sube por el acantilado y lleva al estacionamiento para visitantes, que hoy está vacío. “La Cueva”, como se conoce entre los que viven aquí, según dice papá, está cerrada por una capacitación y por una especie de fumigación de exteriores, que puedo oler desde aquí porque apesta terriblemente. Mañana empieza la temporada turística de verano, así que hoy se hace la orientación de los nuevos empleados, entre los que estoy yo.

Papá hizo algunos trabajos de contaduría para la Cueva y conoce al gerente general. Así me consiguió el trabajo. Si no hubiera sido por eso, dudo de que mi limitado currículum los hubiera impresionado porque incluye solo un verano de niñera y varios meses de archivo de documentos judiciales que hice después de la escuela mientras vivía en Nueva Jersey.

Pero todo eso ya quedó en el pasado. Porque, a pesar de que en este

momento estoy tan nerviosa que podría vomitar encima del bonito velocímetro de los 60 que tiene Baby, en realidad estoy entusiasmada, en cierto modo, de trabajar aquí. Me gustan los museos. Me gustan mucho.

Esto es lo que pude averiguar hasta ahora en Internet sobre la Cueva: Vivian y Jay Davenport se hicieron ricos durante la Primera Guerra Mundial. En ese tiempo vinieron desde San Francisco a comprar esta propiedad para hacerse escapadas a la playa y encontraron unas monedas de oro por un valor de trece millones de dólares escondidas dentro de una cueva en los acantilados. La excéntrica pareja usó esa fortuna para construir una gigantesca mansión de cien habitaciones sobre la playa, justo sobre la entrada de la cueva, y la llenaron de antigüedades exóticas, curiosidades y rarezas que coleccionaron durante sus viajes por el mundo. En las décadas de 1920 y 1930 hacían unas fiestas de locos, llenas de alcohol, e invitaban a la gente rica de San Francisco a codearse con jóvenes actrices de Hollywood. A principios de la década de 1950, todo terminó en tragedia cuando Vivian mató a Jay de un disparo y luego se suicidó. Después de que la mansión estuviera desocupada durante veinte años, sus hijos decidieron que podrían darle un mejor uso a la casa y la convirtieron en una atracción turística para el público en general.

Así que, bueno, la casa es excéntrica y rara, sin dudas, y la mitad de la presunta colección no es real, pero se supone que adentro hay algunos objetos de la edad de oro de Hollywood. Y vamos, que trabajar aquí tiene que ser mucho mejor que archivar documentos judiciales.

Una hilera de arbustos esconde el estacionamiento para empleados, ubicado detrás de una de las alas de la mansión. Me las arreglo para estacionar a Baby en un espacio que hay al lado de otra scooter sin destrozarse nada –¡bien por mí!–, después abro el pie central y paso una

cadena con candado por la rueda de atrás. Guardo el casco adentro del asiento, y listo.

No sabía qué ropa era la apropiada para la orientación, así que tengo puesto un vestido de tirantes vintage de la década de 1950, y encima llevo un cárdigan no muy abrigado. Parece que mis rizos a lo Lana Turner han sobrevivido el viaje, y el maquillaje sigue bien. Sin embargo, cuando veo a un par de otras personas entrando por una puerta lateral en chancletas y pantalones cortos, siento que estoy demasiado arreglada. Pero ya es tarde, así que los sigo al interior de la mansión.

El lugar parece ser un pasillo trasero con oficinas y una sala de descanso. Una mujer aburrida está sentada detrás de un atril. Las personas que seguí no se ven por ningún lado, pero hay otra chica detenida frente al atril.

—¿Nombre? —pregunta la mujer aburrida.

La chica es de contextura pequeña, más o menos de mi edad, con piel morena y pelo negro muy corto. Ella también está muy arreglada, así que me siento un poco mejor.

—Grace Achebe —responde ella con la vocecita más aguda que he oído en mi vida. Tiene un acento inglés muy marcado. Habla tan bajo, que la mujer le pide que repita el nombre, dos veces.

Finalmente la mujer marca su nombre en la lista y le da una carpeta con papeles para nuevos empleados antes de indicarle cómo ir a la sala de descanso. Cuando es mi turno, paso por lo mismo. Parece que hay unas veinte y tantas personas que ya están completando los papeles. Como no quedan mesas libres, me siento en la de Grace.

—¿Tú tampoco has trabajado aquí? —me susurra.

—No, soy nueva —respondo. Y después agrego—: Me acabo de mudar.

—Ah, tenemos la misma edad —señala ella, mirando mi legajo—.

¿Brightsea u Oakdale? ¿O una privada?

Me lleva un momento darme cuenta de qué está hablando.

–Voy a empezar en Brightsea este otoño.

–Yo voy allí –dice Grace con una gran sonrisa, señalando la línea de educación en su solicitud. Después de que pasa otro empleado nuevo por nuestro lado, ella me da más información sobre este lugar–. Todos los veranos contratan a unas veinticinco personas. He oído que es aburrido, pero fácil. Mejor que limpiar vómito de algodón de azúcar en el paseo marítimo.

Le tengo que dar la razón. Yo ya he completado la solicitud principal en Internet, pero nos han dado una guía y un montón de formularios extraños para firmar: acuerdos de confidencialidad, permiso para someterse a pruebas de detección de drogas al azar, juramentos de no usar el wi-fi del museo para ver pornografía, advertencias sobre el robo de uniformes.

Grace está tan aturdida como yo.

–¿Comercios similares? –murmura, viendo algo que tenemos que firmar, donde debemos prometer que no aceptaremos un trabajo similar en un radio de 100 kilómetros alrededor de Coronado Cove hasta tres meses después de haber terminado de trabajar aquí–. ¿Qué consideran un trabajo similar? ¿Es legal esto?

–No creo –susurro yo, pensando en Nate SRL, quien siempre estaba soltando alguna perorata sobre asuntos legales a mi mamá, como si ella no fuera también abogada.

–Bueno, bueno, esta no es mi firma legal –dice Grace con su bonito acento inglés, haciendo un garabato descuidado en el formulario mientras me mueve las cejas–. Y si no me dan suficientes horas, me voy derecho a la mansión cueva más cercana dentro de un radio de 100 kilómetros.

No era mi intención reírme tan fuerte, y todos levantan la mirada,

así que enseguida corto la risa y las dos terminamos de completar los papeles. Después de entregarlos, nos dan un casillero a cada una y los chalecos más espantosos que vi en mi vida. El color es el de calabazas de Halloween en estado de putrefacción. No tenemos que usarlos para la orientación, pero sí tenemos que ponernos etiquetas con la leyenda “HOLA, MI NOMBRE ES...”. Cuando todos tienen las etiquetas puestas en el pecho, nos llevan cual ganado a la sala de los empleados, atravesamos una puerta de metal (con un cartel que nos recuerda que debemos sonreír) y entramos al lobby principal.

Es enorme, y nuestras pisadas resuenan contra las paredes de piedra mientras todos estiramos el cuello para mirar a nuestro alrededor. La entrada a la cueva está en el fondo del lobby, y todas las estalagmitas y estalactitas están iluminadas con luces naranjas, lo que da un poco de miedo. Nos llevan al otro lado del gigantesco lobby pasando por un mostrador de información circular, una tienda de regalos que parece traída de la Londres de 1890, y una zona de estar, ubicada a un nivel más bajo, llena de sillones que podrían haber sido robados del set de *La tribu Brady*... todo eso, del exacto mismo color de nuestros chalecos espantosos. Detecto un tema.

—Buen día, nuevos empleados de temporada —dice un hombre de mediana edad. Él también lleva puesto un chaleco color calabaza con una corbata cubierta de logos art déco del Palacio de la Caverna. Me pregunto si será obligatoria para los empleados varones o si la compró en la tienda de regalos con el descuento para empleados—. Soy el señor Cavadini, el supervisor del museo. A todos les asignarán un supervisor de equipo, pero ellos responden a mí. Yo soy el que arma los horarios y quien aprueba sus tarjetas de registro. Así que pueden verme como la persona que más les conviene impresionar durante los próximos tres meses.

Dice esto con la emoción del director de una funeraria, y se las

ingenia para fruncir el ceño todo el tiempo mientras habla, aunque es posible que eso se deba a que el pelo rubio oscuro le nace de muy abajo, como si su frente tuviera la mitad del tamaño que debería tener.

–Qué mierda –dice Grace con su vocecita, cerca de mi hombro.

Vaya. La dulce Grace dice malas palabras. Pero tiene razón. Y mientras el señor Cavadini nos empieza a explicar la historia de la Cueva y que atrae a medio millón de visitantes al año, me pongo a mirar por el lobby para ver los lugares a los que me podrían asignar: el mostrador de información, las visitas guiadas, el sector de objetos perdidos, la tienda de regalos... ¿En qué puesto tendré que lidiar con el menor número posible de visitantes descontentos? En mi solicitud, tildé las preferencias “sin tener contacto con el público” y “trabajar solo”.

Hay unas mesas de café en una terraza al aire libre, en el segundo piso, y deseo con todas mis fuerzas no terminar trabajando allí. Pero por otro lado, si trabajara en la cafetería, podría mirar no solo una reproducción de tamaño real de un barco pirata suspendido del techo, sino también el esqueleto de un monstruo marino que ataca dicho barco. Eso se puede incluir en la parte “no genuina” de la colección de rarezas de los Davenport.

Un movimiento me llama la atención. Por una escalera hecha de piedra que rodea el barco pirata, descienden dos guardias de seguridad del museo, con uniformes negros genéricos. Entrecierro los ojos, sin poder creer lo que veo. ¿Qué tan pequeña es esta ciudad? Porque uno de esos guardias es el chico de pelo oscuro de ayer, el que trataba de quitar a su amigo drogado de la calle. Sí, es él, no hay dudas: el surfista divino con cicatrices a lo Frankenstein en el brazo.

Mi medidor de pánico empieza a moverse.

–Y ahora –dice el señor Cavadini–, se van a dividir en dos equipos y van a recorrer el museo con uno de nuestros guardias de seguridad.

Los de este lado, por favor sigan a nuestro guardia de seguridad con más experiencia, Jerry Pangborn, que ha trabajado en el Palacio de la Caverna desde que fue abierto al público hace cuarenta años.

Señala, hacia la izquierda del grupo, a un viejo menudito y frágil que tiene las canas erizadas como si le acabara de explotar en la cara un experimento de laboratorio. Es muy amable y dulce, y a pesar de que es probable que no pueda detener a un rufián de diez años que se haya robado una golosina de la tienda de regalos, guía con entusiasmo a su equipo de reclutas hacia el lado izquierdo del lobby, a un amplio arco de entrada identificado como el “ALA DE VIVIAN”.

El señor Cavadini le hace una señal al surfista para que se ponga al frente de nuestro grupo y dice:

—Y este es Porter Roth. Trabaja con nosotros desde hace un año más o menos. Es posible que algunos de ustedes conozcan a su familia —dice con un tono seco y monótono que me hace pensar que no los tiene en mucha estima—. Su abuelo fue la leyenda del surf Bill ‘Pennywise’ Roth.

Un breve “ah” resuena entre los presentes, y el señor Cavadini nos acalla con una mano para decirnos con gesto malhumorado que debemos encontrarnos aquí con él dentro de dos horas para que nos dé nuestras asignaciones. Un lado de mi cerebro grita: *¿Dos horas?* Y el otro lado está tratando de recordar si alguna vez he oído hablar de este Pennywise Roth. ¿Es una celebridad en serio, o es solo alguien de aquí que tuvo sus quince minutos de fama? Porque el cartel de la Casa de las Crêpes proclama que sus crêpes de almendras son famosas en todo el mundo, pero vamos.

El señor Cavadini vuelve a la sala de empleados y nos deja solos con Porter, que se toma su buen tiempo para caminar entre el grupo e inspeccionarnos a todos. Tiene unos papeles que enrolló en forma de

tubo y que golpea contra la pierna mientras camina. Y ayer no me di cuenta, pero tiene un poco de barba de unos días, color castaño claro –esa barba que pretende ser de chico malo, sexy y rebelde, pero que está demasiado cuidada para ser casual. Y tiene todos esos rizos castaños y aclarados por el sol, sueltos y alborotados, que pueden quedar bien en un surfista, pero que parecen demasiado largos e irreverentes para un guardia de seguridad.

Se está acercando, y la Bailey que evade las cosas no está contenta con esta situación. Trato de estar tranquila y me escondo detrás de Grace, pero ella mide como quince centímetros menos que yo –y yo solo mido un metro sesenta y cinco–, así que al final quedo mirando por encima de su cabello corto, directamente a la cara de Porter.

Él se detiene justo en frente de nosotras y, por un momento, se lleva los papeles enrollados al ojo, como si fueran un telescopio.

–Bueno, bien –dice arrastrando las palabras, como lo hacen en California, y sonrío–. Parece que tuve suerte y me tocó el grupo más atractivo. Hola, Gracie.

–Hola, Porter –responde Grace con una sonrisa tímida.

Bueno, así que se conocen. ¿Habrá sido Porter el que le dijo que este trabajo era “aburrido pero fácil”? Ni siquiera sé por qué me preocupó. Supongo que lo que más me inquieta es que se acuerde de mí por lo que pasó ayer con el auto. Cruzó los dedos para que no haya oído ese alarido cobarde que largué.

–¿Quién tiene ganas de que le dé una visita guiada privada? –pregunta Porter.

No responde nadie.

–No hablen todos al mismo tiempo –toma una de las hojas de su tubo de papeles (veo que en la parte de arriba dice “MAPA PARA EMPLEADOS”) y me lo da, mientras me mira las piernas hasta abajo. ¿Me está mirando?

No sé bien qué pensar de eso. Ahora quisiera haberme puesto un pantalón.

Cuando intento tomar el mapa, él lo sostiene con fuerza y me obliga a arrancarlo de sus dedos. La esquina se rompe. *Qué infantil*, pienso. Lo miro con ojos asesinos, pero él nada más sonrío y se acerca.

–Bueno, bueno –me dice–. ¿No vas a gritar como ayer, no?